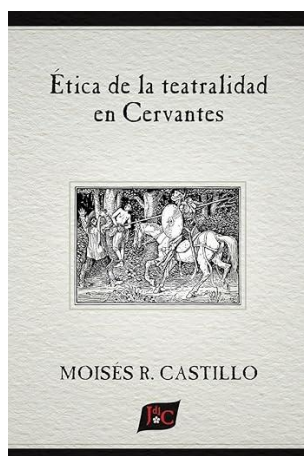


Moisés R. Castillo. *Ética de la teatralidad en Cervantes*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2024. ISBN 978-138871-407-7. 280 pgs.

Reviewed by: Antonio Cortijo Ocaña
University of California, Santa Barbara



Que Cervantes puede ser utilizado y leído en el presente sólo atestigua su carácter de clásico de la literatura, es decir, de autor que tiene algo que decir a los lectores de hoy en día. Pero al autor de esta excelente monografía, Moisés Castillo, no le interesa tanto esto como su sinfronismo y lo que él denomina contemporaneidad de Cervantes a través de lo que una *ética de la teatralidad*, destacando que desde la misma la obra no sólo nos habla en el presente desde su presente sino que cada uno puede en su posición y circunstancia vitales concretos y diversos sacar partido o extraer una enseñanza vital.

Castillo comienza pasando revista a los hitos críticos sobre el pensamiento cristiano humanista del alcalaíno, su heterodoxia disimulada de ortodoxia, su pensamiento erasmizante, paulino e irénico, filtrado por la nueva actitud religiosa y hasta jeronimiana de teólogos peninsulares del XVI. Afirma que el humanismo de Cervantes es barroco y desengañado, lejos del utopismo renacentista. Para él “Cervantes, cargado de conciencia crítica afilada en la ironía –en una ironía que simpatiza, que comprende–, se afana en explorar, cual experimentos, todas esas perspectivas vitales en sus textos, sin tomar partido claro por unas u otras” (21) y centrándose sobremanera en lo que tienen todas ellas en común. Nos recuerda, igualmente, que para la Generación del 27 el humanismo cervantino era sofisticado, secular, erasmista, comunitario, antidogmático, contra-hegemónico, alerta contra los efectos del autoritarismo y del sueño imperial.

De mayor importancia es considerar, según Castillo, que para el de Alcalá el lector de su obra colabora en la misma completando y actualizando lo que ésta le sugiere en un momento y circunstancia vital concretos (de ahí el sin-phronein orteguiano), con lo que Cervantes nos habla “en el presente desde su presente” (24), creando de paso una relación indisoluble entre ética y literatura. Y de ahí pasamos a uno de los puntos clave que Castillo elabora en su obra: considerar que la actual crisis de la democracia nos presenta la obra cervantina ante una nueva luz, así como ésta, en imbricación necesaria, “nos ayuda a entender ciertas particularidades de nuestras crisis actuales y nos proporciona herramientas para afrontarlas,” resaltando siempre “lo común que nos une” y empatizando con el Otro, ya sea judío, turco, gitano, protestante o morisco (26-27). Para lograr este propósito, Cervantes refleja en su obra los estereotipos que su sociedad tiene con el

Otro étnico, cultural o religioso, pero a la vez se distancia de dicho estereotipo mediante un sabio uso de ambivalencias, ambigüedades, vacíos, exageraciones e ironías. Castillo proporciona lo que él denomina “una lectura contextualizada y un análisis textual riguroso” que muestran “cómo la técnica del enmarcamiento contribuye de manera esencial a configurar una ética de la teatralidad que está fundamentada en el humanismo” (29), mostrando a Cervantes como un portavoz irónico de la contracultura que fue posible en su tiempo y lugar, a la vez humanista, crítico, disidente, antidogmático y empático.

Castillo recuerda que “el cervantismo contemporáneo está usando los mecanismos de su literatura para desvelar la manipulación de la realidad que llevan a cabo las ideologías totalitarias” (32), así como se hace eco de la opinión de Robert D. Newman, presidente del National Humanities Center de USA, cuando dice que “for the Humanities to survive, democracy must survive” (33).

En el primer capítulo se analiza el entorno del encuentro entre cristianos, musulmanes y judíos y la crítica de Cervantes a la ortodoxia cristiana fundamentalista y la noción de pureza de sangre, con un análisis de *El trato de Argel*, *Los baños de Argel*, *La gran sultana doña Catalina de Oviedo* y *La conquista de Jerusalén*. El segundo capítulo se estudia la reprobación cervantina de la idea de fama individual basada en el orgullo de la codicia y no en la virtud ni en las buenas obras, así como se atacan las guerras motivadas por ambición o el ansia de gloria, con un estudio de las obras que tematizan la guerra (*El gallardo español*, *La Numancia* y *La conquista de Jerusalén*). En el tercer capítulo se analiza la humanización y acercamiento cervantinos del enemigo protestante y turco a través del personaje híbrido Isabel/Isabella de *La española inglesa*. El cuarto capítulo aborda el estudio de otro personaje híbrido, la gitana/paya de *La gitanilla*, con el que se repiensen categorías excluyentes, se trascienden tipos sociales y se destapa la corrupción del sistema de autoridad desde el margen. El quinto y último capítulo estudia la denuncia que hace Cervantes de la expulsión morisca estudiando los episodios de Ricote y Ana Félix y el de Jarife y Zenotia, criticando los mitos que sustentan el orden de autoridad y denunciando la demagogia política.

Castillo, en suma, no quiere hacer actual ni moderno a Cervantes sino subrayar su contemporaneidad, indicando que Cervantes es

un escritor que nos desengaña, que fomenta nuestro espíritu crítico, pero que, por encima de todo, y esto es lo que este libro viene a resaltar, es un escritor que simpatiza y empatiza con el Otro, que exalta nuestra común humanidad para hacernos mejores personas, ciudadanos más responsables y libres. (36)

A Cervantes no le interesan los absolutos que forjan las conciencias de los grupos sino las individualidades, ahondando en la intimidad de los personajes y simpatizando con ellos. Para ello no promueve un relativismo a ultranza sino la ambivalencia y ambigüedad, pues la realidad no sólo está modelada por las convenciones de la percepción e interpretación sino por la experiencia vital de cada uno. Don Quijote pasa de loco a héroe al centrarse en su propio autogobierno y hasta autoperfeccionamiento mediante el ejercicio de la virtud, como quiere Allen, desengañado de su sueño ególatra y venciendo sobre sí mismo, dejando de ser héroe y convirtiéndose en hombre. En muchos personajes cervantinos, el camino vital de autoperfeccionamiento implica una concienciación ética, un dejar la senda marcada, “salir de la inercia en que se habita al enfrentar los problemas que suscita el encontrarse con los demás, sacar conclusiones al respecto y tratar de mejorar tras esa experiencia vital” (226).

Cervantes, el Spinoza de la literatura española (Maestro), no es orgánico, ni filoprotestante, ni se casa a ultranza con el dogma postridentino, sino representa un triunfo de la antropología sobre la teología y el triunfo de la convicción individual. Es erasmista porque entiende que el hombre virtuoso no es el asceta o místico sino el que “bien vive” en la virtud de las obras, creando un autoperfeccionamiento individual que pueda cundir en la sociedad y mejorar la comunidad, tendente al encuentro más que la oposición, como se manifiesta en la transformación de la relación amo-sirviente de Quijote y Sancho en una verdadera amistad que habla de un ideal de fraternidad universal. Rescatar el humanismo cervantino es la base de un planteamiento crítico-ético “que nos ayude a superar la hodierna división que nos fractura en el marco de la crisis democrática y de valores humanísticos del mundo actual” (235):

Cervantes ... es un punto de inflexión de la crítica cultural que promueve una ciudadanía pensante y consciente de la capacidad de manipulación; pero también es una reflexión ética que mueve no solamente a una lectura literaria o cultural, sino a una lectura del mundo y de la vida, que fomenta la empatía, la convivencia y el civismo. (235)

El humanismo cervantino hunde su raíz ética en una línea que lleva cuando menos en la Península Ibérica a Alfonso de Cartagena y a la introducción de la *Ética* nicomaquea. La vida de virtud y obras personalizadas frente a la ética del apellido, la lucha sin cuartel de ese primer humanismo hispano contra los estatutos de pureza de sangre y el rechazo de las posturas excluyentes frente a las asimilacionistas darán luego cuartel a que los herederos de este pensamiento, en un segundo y tercer humanismo, aboguen por un discurso moderado frente al dogmático que se impone en la España imperial. Pero a ello, en Cervantes, ha de unirse una experiencia vital que le pone en contacto directo con el Otro, en Italia y África, ya sea al amparo de triunfalismos militares o como partícipe de derrotas cautivas. Y es esta experiencia, que bien podría haber acendrado en nuestro autor un odio refractario, la que, al contrario, le mueve a ver en el Otro a un individuo, a un ser humano, sujeto de humanidad compartida más que excluyente. Con una base que refleja un manejo inapreciable de la crítica, Castillo ha sabido tocar la fibra de la actualidad cervantina al proponernos una lectura ética de la obra del alcaláino que se aleje de totalitarismos dogmáticos. Es una defensa, a la vez, de la ética (y esencia) democrática que resuena con ecos del famoso discurso fúnebre del Pericles ateniense cuando recuerda a los familiares de los soldados caídos por qué ideal democrático y único han caído estos. Frente a la oligarquía espartana, Atenas; frente al dogmatismo fundamentalista de cualquier cuño, Cervantes. Es, pues, un libro excelente que refleja una lectura comprensiva de la obra cervantina guiada por el ideal comprensivo, simpatizante e irénico que el alcaláino tiene de sus congéneres, algo sin duda necesario en una época en que a la par que el ideal democrático se cuestiona también la relevancia de los estudios de humanidades.